



La firma del tratado de limitación de pruebas nucleares en Washington y Moscú simultáneamente parece indicar sobre todo que la política de distensión entre ambas potencias no ha quedado interrumpida y que la derecha belicista que representa en USA un Ronald Reagan no lo es todo en la política interior de este país.

ción acarrearía una pérdida de puestos de trabajo y de beneficios para numerosas industrias grandes y medianas. El hecho de que este dinero esté siendo extraído de unos impuestos muy elevados, cuya disminución redundaría en favor del país, no parece ser muy tenido en cuenta. Como tampoco la posibilidad de reconvertir esta industria de guerra en industria de paz. Según los economistas de guerra, esta reconversión haría volcar nuevos productos de consumo sobre la sociedad de los Estados Unidos, y causaría un gran desequilibrio con respecto a la situación actual.

Con formas o disfraces nuevos, se trata de un viejo pensamiento económico que tiene vigencia desde hace muchos años. Recordemos la circular de un Banco en los tiempos de la guerra búlgaro-turca: "La guerra que ahora empieza no constituye ninguna catástrofe: por el contrario, abre muy bellas perspectivas. Los beligerantes tendrán que hacer gran consumo de material y municiones. El material que emplearán pondrá de manifiesto imperfecciones y defectos graves; y, como suele hacerse en otros ejércitos más importantes, la experiencia empujará a los grandes Estados a renovar sus armamentos. Por consiguiente, se presenta una buena perspectiva de trabajo para la industria y para los capitales... Este es nuestro pensamiento, desprovisto, ciertamente, de toda consideración sentimental". (Citado por Marcelle Auclair, "Jaurès", Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1975.)

La diferencia es mínima. Una primordial es la de que los grandes

países no tienen necesidad de entrar en guerra gracias a la aceleración geométrica de la ciencia, que inventa armas continuamente nuevas y más perfeccionadas, de forma que las anteriores se "consuman" —el armamento es un gran ejemplo del consumismo, quizá el máximo: aquello que se inutiliza antes de llegar a ser utilizado— y por lo tanto la mejora industrial se haga sin riesgo de destrozo y de posibles derrotas. Pero una identidad es la de las guerras localizadas, y en este caso la reciente de Vietnam o la continua y latente del Oriente árabe son grandes equivalencias de la guerra búlgaro-turca de los capitalistas antepasados de los actuales. Con la ventaja de que todo el material convencional está siendo vendido a esas zonas locales por las grandes potencias —incluida la URSS— de forma que se consigue la venta sin exponerse al riesgo.

El tratado entre los Estados Unidos y la URSS que acaba de ser firmado —pero que necesita ser ratificado por el Senado de los Estados Unidos, lo cual puede producir algunos debates interesantes— no tiene, por lo tanto, gran interés en sí mismo. Su mayor importancia está en el hecho de que efectivamente haya sido firmado, lo cual tiene significación en el sentido de que no ha podido ser interrumpida totalmente la política de distensión entre los dos grandes países, y la de que no toda la política interior de los Estados Unidos se hace en el sentido de la derecha belicista que todavía representa Ronald Reagan. ■ **JUAN ALDEBARAN.**

La Capilla siXtina

FREUD Y YO

YA les conté que unos jóvenes psiquiatras de Palencia, muertos de aburrimiento por las guardias nocturnas, se entretuvieron escribiéndome una carta impregnada de tecnología en la que terminaban por preguntarme: "Pero, bueno, Sixto, ¿te acuestas con Encarna o no?". Ahora me llega otra freudanada. Resulta que mis relaciones con Encarna traducen pulsiones de copulación con la extrema izquierda, que yo reprimó, y aquí empieza el problema: ¿por qué las reprimo?

—Tal vez —aventura mi interlocutora— se reconoce usted "a priori" impotente, y, condicionado por un fuerte sentimiento estético, no quiere ponerse en ridículo. Recuerde el Falstaff de Shakespeare: "¿Por qué el deseo sobrevive a la potencia? ¿Qué humana condición está?".

—¿Y cómo se copula con la extrema izquierda?

—Muy interesante su pregunta, muy interesante.

—Si quiere me tumbo en el sofá.

—No le vendría mal un tratamiento terapéutico a base de psicoanálisis.

—Señora, sólo acepto una enfermedad psicológica: la depresión, y la acepto porque la conozco, porque la tengo. Y creo que hay terapias elementales para combatirla.

—¿Por ejemplo?

—Comprarse una corbata.

—Interesantísimo. La corbata es un símbolo fálico por excelencia.

—No. Yo no me compro una corbata. Pero tengo un amigo crítico literario que en cuanto se deprime se compra una corbata. Yo me guiso unos riñones al jerez o una merluza a las uvas. Otras veces me da por tomarme una botella de Barolo a las tres de la madrugada o dos copas de oporto de diez años. Le aseguro que se me pasan las depresiones. En definitiva, es siempre una cuestión de tacones postizos, y no es indispensable tumbarse en un sillón y rescatar de la mediocridad recuerdos que adquieren una importancia prefabricada.

—Muy bien. Su frustración al autorreconocerse insuficientemente de izquierdas...

—¿Qué quiere decir ser suficientemente de izquierdas? El día en que aceptamos que a partir de utilizar un vocabulario de más de cinco mil palabras estamos en condiciones de mentirnos mejor a nosotros mismos mintiendo a los demás, habremos dado un gran paso. La estética-ética legisla lo que es suficiente o insuficiente en el compromiso político. Comprendo que sea ético-estéticamente más estimulante ser un clochard maolista que un miembro de la célula de farmacéuticos del PCF, sección territorial del Marais.

—No hay duda, usted también es de los que están por encima de las cinco mil palabras.

—Debo ir a por las nueve mil doscientas cuatro.

—Pero, dígame, en cuanto a Encarna se refiere...

—¿Qué?

—¿Se la tira o no se la tira?

Estos psiquiatras no saben pensar en otra cosa. ■

SIXTO CAMARA